



Comisión 4

Índice

1. El terrible viaje de egresados. Franco Alarcón
2. Según como lo consideren los demás, malo o bueno serás. Juliana Arias Llanez
3. Lo importante es querer. María Sol Becker
4. La investigación. Magalí Benefú
5. Lo lejano. Flavia Bernio
6. Solo por volar. Héctor Campos
7. La entrevista. Priscila Cano Umpierre
8. Estrategia en la mesa. Laura Castellanos
9. “Mi valijita, mi valijita”. Miranda Cerdá
10. La historia de Miguel. Dolly Carolina Corrales
11. Natalia. Agustín De Bianchi
12. Él. Lucía Demmis
13. Miedo nocturno. Julieta Díaz
14. Meditación asistida. Leandro Emanuel Díaz
15. Malas elecciones. Martina Díaz
16. Voces escuchadas. Andrea Durán
17. Un pueblo sin respuestas. Agustina Estepa Visconti
18. Alma Apátrida. Alejandro García Pacherras
19. El recuerdo olvidado. Camila Iñiguez
20. La madrugada en el pueblo. Martina Jacquet
21. No sólo la muerte nos separó. Antonelia Listuer
22. Predicar con el ejemplo. Julieta Luchetti
23. Triste enfermedad. Malena Lynn Arvid
24. Marcos, el doctor. Pedro Maza
25. Una mujer digna. Agustina Moraño
26. Golpe. Ezequiel Movilio
27. Era tan bueno. Micaela Pastor
28. A pesar del tiempo. Nicolás Pérez
29. El fin. Jacqueline Andrea Pinto
30. Los muertos no descansan. Paula Rodríguez
31. Ser o no ser. Daiana Rojo
32. La despedida. Anabella Roldán
33. La dama de negro. Tomás Rolling
34. La sombra. Paula Romero
35. El combinado. Federico Sánchez
36. Una linda compañía. Daiana Scheyola
37. La autorización. Chiara Scicolone
38. El canillita de Ituzaingó. Ramiro Solveyra
39. Desde el silencio. Daniela Urrea
40. Los caminos de Elena. Priscila Daniela Zaniuk

El terrible viaje de egresados

Franco Alarcón

Todo empezó cuando salí un día del colegio y vi a un hombre parado en la puerta y nos habló del viaje a Bariloche. Y así los días pasaron y vinieron otros chicos que nos ofrecieron lo mismo. Al final elegimos para tener la reunión con Travel y Baxtter, estábamos muy indecisos en el curso, yo la verdad no sabía a quién elegir, y seguí a la mayoría que se quedó con Travel.

Pasó un año y estaba muy ansioso, se acercaba el viaje, tenía que comprar ropa para el invierno, lo que no me gustaba mucho era probarme la ropa pero finalmente llegó el día. Decidimos viajar en avión (era la primera vez que lo hacía), estaba muy nervioso y la sensación cuando despegó fue única y nunca la había sentido en mi vida. Cuando llegamos a Bariloche tenía mucha sed y quería comprarme una gaseosa, entonces busque en mi mochila la billetera y no la encontraba, me empecé a desesperar. El primer día la buscaba por toda la valija y no la encontraba. Le dije al coordinador que por favor me ayudara y me dijo que iba a llamar al micro que nos trajo del aeropuerto al hotel para preguntar si estaba ahí, yo no sabía qué hacer y me comunico que le iba a decir a mi mama que había perdido toda la plata. Luego de unas horas, el coordinador me dijo que no estaba en el micro por lo que me puse muy triste, mi viaje de egresados había sido trágico y le tenía que avisar a mi mama.

Cuando la llamé tuve un reto importante pero me dijo que me tranquilizara y que tratara de disfrutar, pero no me podía olvidar y los primeros días los sufrí hasta que llego la excursión de ski, por lo que teníamos que tomar un micro desde el hotel hasta el Cerro Catedral. Fue realmente muy divertido, la pasé muy bien y estuvimos todo el día pero cuando llegamos al hotel me fije en el pantalón para sacar el celular entonces le pedí al coordinador si por favor podía llamar al chofer del micro si podía buscarlo, estaba muy nervioso pero esta vez tuve mucha suerte, me habían dicho que cuando terminara de realizar su último viaje el chofer me iba a traer el celular. Me había vuelto el alma al cuerpo y así pase los días en Bariloche pero que finalmente a pesar de todas las desgracias lo disfruté como nunca, y no me quería volver a mi casa.

Según como lo consideren los demás, malo o bueno serás

Juliana Arias Llanez

Personas malas ¿Qué es lo que te convierte o hace ser una persona “mala”? Creo que pasa por las acciones, actitudes, pensamientos y sentimientos que cada uno tenga para con los demás. Es algo muy personal, así que voy a empezar describiendo un poco lo que yo considero como los factores que constituyen a una mala persona.

Ser envidioso es una cualidad mala. Quizás no es intencional (o en parte sí) pero igualmente lo considero algo malo, algo que resta. Ser desconsiderado con los demás también podría ser. Despreciar, subestimar a los demás; son cosas que hacen que cambie la opinión y visión que tenemos de otra persona.

Un poco de eso tiene la historia de Sol. Ella es una joven estudiosa y considerada con los demás. Siempre que puede ayuda a sus padres con las compras o a sus amigas a estudiar.

Sin embargo comete lo que ella, según sus creencias, considera un pecado. Asesinó a su hermano.

Como todo (o casi todo) asesino, se considera inocente. Solo que depende de la forma en que cada uno lo mire, en cierto punto, Sol si lo era (o al menos tenía una buena razón para justificar dicho acto).

El hermano de Sol era dos años mayor que ella, no estudiaba ni trabajaba (a menos que robar se lo considere un trabajo, cada uno lo ve diferente). Tampoco pensaba en cambiar, en progresar. Bautista, ese era su nombre. El estaba celoso de que su hermana sea la “favorita” de sus padres. Siempre buscaba la forma de hacerle perder el tiempo y que no pueda estudiar, la culpaba de cosas que él había hecho, solo para quedar bien ante sus padres. Su hermana, sin embargo, cuando tenía una oportunidad le aconsejaba que estudiara, buscara un trabajo y se aleje de sus amigos que eran los que lo “llevaban por el mal camino”.

Un día Bautista la acusó de robarle a una anciana y Sol, para cubrirlo, se hizo cargo. Al enterarse, sus padres le dieron un discurso de qué era ser una chica buena y qué mala (cosas que tenía bien claras, solo estaba cubriendo a su hermano). Después de pensarlo mucho, Sol le pidió a su hermano que diga la verdad y se haga cargo de sus actos. Él se negó, le gritó y golpeó. Sol enloqueció y lo mató.

Pero queda una duda ¿cuál de los dos es el bueno y cuál el malo? O ¿cuál de los dos es el “más malo”? Eso queda a criterio de cada uno.

Lo importante es querer

María Sol Becker

Cuando Lautaro entró al funeral de su padre, no se imaginó que su hermana menor, a la cual no veía hacía tres años desde el día en que se animó a confesarles a sus padres sobre su homosexualidad, vendría corriendo a abrazarlo.

Su padre, funcionario político de la ciudad en la que vivían desde que nació, y su madre, abogada del Intendente de la ciudad, no aceptaron su condición sexual y le dieron el dinero suficiente para que, a sus 18 años, comenzara una nueva vida en Buenos Aires, alejado de ellos y de su hermana de tres años, para la cual lo consideraban una mala influencia.

Lautaro se enteró de la muerte de su padre, a través de un mail de un amigo suyo que aún vivía en la ciudad en la que se había criado. Y decidió emprender el viaje hacia allí, no para contener a su madre y mucho menos para despedir a su padre, esas personas que no lo habían contenido, por el contrario, rechazado en su momento más difícil. Lo que lo llevó a viajar fue el interés por reencontrarse con Julieta, su pequeña hermana. Por ello se llenó de emoción y alegría, al ver que ella, tres años después, lo recibía de aquella manera. La abrazó con todas sus fuerzas, le seco las mejillas llenas de lágrimas y le prometió que todo iba a estar bien.

En el transcurso del velorio, Lautaro se mantuvo al lado de su hermana, era lo único que lo ataba a estar allí. Su madre, sorprendida al verlo, lo saludó cuando llegó y luego lo ignoró, tratando constantemente de sacar a Julieta de al lado de su hermano, pero ella se negaba rotundamente.

Cuando la ceremonia se dio por concluida, y sólo quedaron Lautaro con su madre y su hermana, llegó el momento que este estaba esperando: el carácter inquieto y curioso de

Julieta seguía intacta y no pasó demasiado tiempo para que lo atormentara con preguntas sobre su ausencia. Ante esto, su madre se interpuso en la conversación argumentando que su hermano había tomado una decisión al querer seguir su vida lejos de su familia. Pero Lautaro no estaba dispuesto a seguir mintiéndole a su hermanita.

A pesar de los gritos y quejas de su madre, Lautaro le contó a Julieta, la verdadera historia que había causado el alejamiento de ella. Lo hizo con argumentos y palabras fáciles, como si estuviese contándole un cuento. Cuando le dijo que, a él, a diferencia de los demás varones, no le gustaban las mujeres sino los demás varones; los ojos de Julieta lo miraron fijamente y le contestó muy seria:

-Pero... lo que importa es querer a las personas, no si son nene o nena, ¿no?

Lautaro, con los ojos bañados en lágrimas, no tuvo otra reacción que abrazarla y prometerle que nunca más se alejaría de ella.

La investigación

Magalí Benefú

Existe una habitación de grandes dimensiones, de paredes blancas y pisos de mármol. A diferencia de cualquier habitación común resalta la ausencia de puertas y ventanas, su iluminación está garantizada por fuertes luces blancas distribuidas por el techo, dan la apariencia de hospital. En una de las paredes un agujero rectangular de unos 60 cm de alto y 120 cm de ancho que conduce a un baño, al lado de este se encuentra otro orificio en la pared pero mucho más pequeño.

Lo que más llama la atención de la habitación, no es su peculiar arquitectura, sino los cuatro cuerpos inconscientes que están distribuidos por el frío piso de mármol.

La primera en despertar fue Andrea, aturdida y confundida le costó incorporarse a la realidad. Con una de sus manos acariciaba la pared y con la otra sostenía su cabeza por las fuertes puntadas de dolor. No reconoció el lugar.

-¿Dónde estoy?- murmuró como para ella.

Recorriendo con la mirada descubrió tres cuerpos. Horrorizada por el hecho de pensar que estaba rodeada de cadáveres, gritó.

Por suerte para ella, logro despertarlos. El más joven de los tres todavía llevaba el pijama.

-¿Y esto? ¿Dónde carajo estamos?- dijo.

-¿Quiénes son todos ustedes?- lanzó el que aparentaba ser un cura.

-Ehh... soy Andrea- se apresuro a decir con miedo.

El cuarto, un hombre de unos 40 años, no se molestó en hablar, y era el único que les resultaba conocido a todos.

-¡Vos!- exclamó el cura -¡Vos sos el secretario del presidente! ¿Qué es todo esto?

-No sé, estoy tan confundido como ustedes- mintió.

-Soy Raúl- agregó.

-Sí, ya lo sabemos, yo soy Lucas -dijo el joven de pijama.

-Y yo soy el cura de la catedral de La Plata.

Andrea estaba perdiendo la paciencia, se sentía demasiado confundida.

-No me importa quiénes son, quiero saber por qué estamos acá y qué es este lugar.

Cuando terminó de pronunciar estas palabras, por el agujero más pequeño se deslizó una nota.

Lucas la tomó y comenzó a leerla en voz alta

“Queridos amigos, somos una organización con fines científicos. Decidimos contenerlos en nuestras instalaciones para someterlos a una investigación, debido a una anomalía en su cuerpo que los diferencia del resto de las personas, esperamos que puedan sobrevivir los próximos 400 días, suerte.”

Los cuatro se miraron perplejos y espantados.

Lo lejano

Flavia Bernio

Era el día de la correspondencia. En todo el frente esperábamos ansiosos novedades de nuestros familiares, amoríos y amistades; otro tipo de contención, el amor protector de una madre, su sensibilidad revitalizante. Sólo algunos políticos, los más cuerdos u ortodoxos, en mi parecer, anhelaban conocer el estado de la guerra mediante fuentes oficiales, ¿para prever su futuro quizás?

Estábamos desayunando cuando los estruendos comenzaron en el aire a pocos kilómetros. Algunos podían estimar la distancia exacta, el tiempo de ésta vida nos había entrenado ya lo suficiente para poder hacerlo. Con la artillería en las manos y algún pedazo de pan en la boca corrimos hacia afuera. Todos a sus puestos. Nuestra trinchera quedaba en el camino que debía haber tomado el cartero. Ahí lo encontramos, tirado con una bala en el estómago. También era amigo mío. Lo único que pudo balbucear antes de morir fue: “tu madre, Paul”. Otra bomba estalló cerca. Corrimos a cubrirnos. Y de nuevo no fue la razón la que me permitió hacerlo. Aquí he aprendido que el cuerpo tiene otra fuente de sustento además de la psiquis, que a veces reacciona sin que yo le dé la orden. Creo que eso ocurre en la mayoría de las oportunidades.

Fue un largo día de combate. La batalla también era interna. Los caídos a mi alrededor eran certeros, la incertidumbre del estado de mi madre, absoluto. Ya había comenzado la noche cuando un disparo, que se sintió como un crujido de vísceras calientes, derrumbó a un compañero a mi lado. El estallido, mi camarada, su caída, mi madre. Todo detonó el vacío que se gestaba en mi estómago y me desplomé en un instante.

Cuando desperté estaba hace casi una semana en una cama de hospital del frente. Mis amigos, menos delo que quedaban el día de la correspondencia, a mi lado, rodeándome. El sentimiento de esa escena me reanimó. Recordé a mi madre, quise saber de los que faltaban entre nosotros. Me lo contaron todo y me regalaron la grata noticia de que el teniente Clark me había concedido el permiso de volver a casa. Comencé a llorar. Tardé medio día en recomponerme y prepararme para viajar. Me despedí de todos y me alejé llorando.

Solo por volar

Héctor Campos

Me había llegado la noticia, me habían invitado a pasar un mes en Perú con fines de visitar y aprender. El dinero que necesitaba para comprar el pasaje de avión era mucho para el presupuesto con el cual contaba, estaba especulando para viajar en colectivo pero debido al

testimonio de diferentes personas, me desanimé, entonces decidí juntar el capital necesario para mi viejo y me puse a trabajar durante varios meses para llegar al monto establecido de manera tal que no sólo me alcance para viajar, sino también para comprarme algunos lujos y recuerdos puesto que la estadía y comida tenía aseguradas.

Nunca en mi vida había viajado en avión, era mi primera vez, estaba nervioso, con ansias de despegar, pero también un poco asustado ya que la noche anterior había visto varios videos de accidentes aéreos traumándome un poco. Fuimos hasta el aeropuerto de Ezeiza con mis dos amigos, uno era mi guía e instructor, Hernán, y un amigo de la infancia, Carlos.

La primera parte fue complicada, llena de burocracia, bolsos, controles, datos, nombres, etc. Mi primera complicación ocurrió en el detector de metales, mis amigos pasaron normalmente, pero en mi caso, pasé una vez y sonó, me saqué la campera, volví a pasar y volvió a sonar, entonces una muchacha, muy linda por cierto, me hizo indicaciones para que me acerque por lo cual supuse que me revisaría, por el contrario, apareció un mastodonte de dos metros de alto y uno de ancho y me empezó a tocar por todos lados hasta no encontrar peligro alguno y me indicó la salida a la sala de espera, una vez allí, mis amigos no dejaron de burlarse hasta subir el avión.

Una vez dentro del vehículo buscamos los asientos predeterminados, como no conocía la estructura interna y cómo se organizan los asientos siempre quise que me toque la ventana, pero los tres tuvimos la mala suerte de sentarnos en la fila del medio en el centro del avión y lo único que se miraba por los costados eran las alas bloqueándonos así la visión. Por suerte, cada asiento tenía su televisión individual, algo que no sabía, donde tenías la opción de elegir una larga lista de películas y además videojuegos. También te proveían de una manta y un acolchado debido al frío y el servicio de comida era excelente, obviamente lo más importante!

El momento del despegue fue único, sería el principal motivo por el cual volvería a viajar, la sensación de volar es espectacular, cuando estás en el aire, la sensación en los pies, los oídos se tapan, el corazón se acelera, el vértigo recorriendo por todo tu cuerpo, es como subir a la montaña rusa ¡Pero todo el tiempo!

Cuando aterrizamos, ya en suelo peruano, fue muy tranquilo, hemos rebotado unas tres veces y luego de eso, toda la tripulación aplaudió al piloto. Ya en tierra vi muchos montes y cerros, cosa que no era común en Argentina, y mucho menos en La Plata, de ahí en más, todos los viajes que hicimos fueron por tierra, viajamos desde Arequipa hasta Chiclayo, en otras palabras, de Norte a Sur, visitando cerca de seis ciudades grandes y esperando en todo momento el retorno en avión a casa, no porque me hayan maltratado en mi estadía, al contrario, ¡me encantó! Tuvieron mucha amabilidad y hospitalidad, sino porque la sensación de viajar en avión es extraordinaria, digna de repetir.

La entrevista

Priscila Cano Umpierre

Era una mañana esperanzadora para ella, al menos así lo sintió cuando sonó la alarma a las nueve en punto. Se tomó su café, como siempre, se preparó y se fue. Ese día tenía una entrevista de trabajo en un local cerca de su casa.

No fue directo al lugar, se dirigió hacia la iglesia, donde siempre iba cuando no encontraba respuestas. Era muy creyente y estaba nerviosa. Hacía meses no conseguía trabajo, ya que la situación no andaba bien en su país. Esta era una gran oportunidad.

-¿Qué anda haciendo por aquí esta mañana?- le preguntó el cura al recibirla.

Ella se sentó y le volcó su problemática. ¿Cómo podía impresionar al comerciante y obtener el trabajo?

-Tal vez no soy digno de aconsejarte respecto a esto, pero desde la iglesia creemos que ser tranquila, silenciosa, ir bien vestida, tapada, es un buen partido- le dijo él. Ella asintió, le agradeció y se fue, un poco más esperanzada, a cambiarse a su casa.

Se puso ropa que para ella, o el cura, era apropiada: una pollera larga hasta los tobillos, polera hasta el cuello y zapatos. Volvió a salir.

En el camino se encontró con un viejo compañero de trabajo, quien ahora era concejal.

-¿A dónde vas tan apurada?- le dijo.

-A una entrevista de trabajo. ¿Sabés hace cuánto no me surge algo así?

Y sí, está complicada la cosa. Te doy un consejo: decile todo lo que él quiera escuchar, no importa si no es cierto. Vos mentile, total, una vez que te tome ya no tendrá vuelta atrás.

Ella pensó que sería buena idea, después podría aprender mejor el oficio.

Se despidió y siguió su camino, se le estaba haciendo tarde. ¡No podía llegar tarde! Se apuró, llegó casi corriendo al lugar, y allí estaba su futuro empleador.

Entró, se saludaron, él la miró un poco raro. ¿Por qué estaba vestida de esa forma? Le hizo mil preguntas a las que ella respondió con mil mentiras, que sabía vender, controlar el stock, que tenía amplia disponibilidad horaria, y más.

La entrevista finalizó, parecía haberle simpatizado al comerciante. Se fue de regreso a su hogar, aliviada, tal vez debía agradecer los consejos de sus amigos.

Pasaron días, semanas, meses, nunca supo más nada. A veces hasta pasaba por el local a ver si el dueño la reconocía y la llamaba... pero nada. Tal vez él no le creyó ni una palabra de lo que le dijo, ni siquiera su forma de vestir. Si hubiera sido ella misma, la hubiera tenido en cuenta. O por ahí, simplemente, lo convenció otra entrevista mejor.

Estrategia en la mesa

Laura Castellanos

Para mi jefe soy la mejor reportera que ha podido contratar pero para el resto de mis compañeros no lo sé, siento que me rechazan desde hace algún tiempo cuando sucedió lo del nuevo gobernador al que yo apoyé.

Alrededor de hace ocho meses ganó Hernán Rosso, líder político y líder del movimiento “alianza política”, el cual siempre ha sido mi favorito y he seguido desde que mi padre trabajaba para él. Hernán empezó su campaña hace dos años y realmente no tenía los recursos necesarios para poder financiarla pero llegó “un ángel”, como lo dice él, llamada Fernando García muy conocido por el sector ganadero de la provincia.

Fernando acudió a él para escuchar las ideas y estrategias que Hernán tenía planeadas para realizar a lo largo de su mandato si llegaba a ser gobernador. Para su reunión acudieron a mí para poder diseñar estrategias de publicidad para la campaña política. Esa mañana tome un taxi justo a las 9:45 am y me dirigí a la calle 2 entre 8 y 9, ahí me estaba esperando el con su gran contextura y seriedad, me asustaba.

-Suba al auto- me dijo con tono de orden y sin pensarlo me subí.

En el auto se escuchaba música de “los tigres del norte” grupo mexicano con letras bien elaboradas. Llegamos a una quinta con un gran portón automático; entramos y estaban Fernando y Hernán esperándome, a los pocos segundos entro Raquel, la asistente de Fernando, una mujer hermosa de tez blanca, grandes proporciones y en sus ojos el temor y la angustia se reflejaban, yo lo podía percibir. A lo largo de la conversación Raquel nunca dijo nada y sólo siguió órdenes.

Tiempo después de yo haber llegado llegó el sacerdote de la ciudad y obispo principal de la provincia y me empecé a preguntar qué estaba sucediendo.

-Mi iglesia y los que la asisten están a su disposición- dijo.

Todo esto era un trueque gente por dinero y si Hernán ganaba la campaña tenía que hacer todo lo que Fernando quisiera.

También cuando estábamos en la reunión algunas llamadas hicieron o bueno hicimos, Fermin Menina, líder de los comerciantes y vendedores de la ciudad; a sindicatos y autoridades con poder ofrecieron lo que íbamos a hacer. Todos apoyando a Hernán.

Armamos estrategias y puntos clave para bajar la campaña de Augusto Román, el candidato contrario y al que mis compañeros de trabajo seguían fielmente. Así fue como Hernán ganó las elecciones.

Con este relato puedo deducir el por qué del odio y rechazo de mis compañeros, no se si fue justo o no pero fue así como sucedieron las cosas. Le ofrecí varios contratos a mi jefe y accedió, así que algunos me odian y otros me aman.

“Mi valijita, mi valijita”

Miranda Cerdá

Pucón, en Chile, fue el destino que mi familia eligió para vacaciones en febrero del 2002. Yo tenía sólo cinco años y claro, no me acuerdo de mucho. Nada en realidad. Pero el viaje fue tan anecdótico que mis papás se encargaron de contarlo, y endulzarlo un poco también, en numerables ocasiones.

Viajábamos los seis. Mi papa que manejaba, mi mamá que, como en cada viaje, se encargaba de cebar mate y de mantener a mi papá entretenido cuando tenía que manejar mucho tiempo, y mis tres hermanos: Ezequiel, María Jesús, y Felipe, que acababa de cumplir un año.

El viaje empezó como cualquier otro. Felipe viajaba en su sillita y no entrábamos los cuatro atrás. Mi papá acomodó las valijas en un maletero que llevábamos arriba del auto. Así, el baúl del Palio Weekend que teníamos quedó despejado. Tiraron unos almohadones y mi hermana y yo nos acomodamos ahí atrás.

No habíamos llegado a la frontera todavía cuando el viento patagónico nos voló el equipaje. Mi valija era chiquita y tenía la cara de Mickey en el frente. Mi papá me la había traído de Disney el año anterior y la estaba estrenando. Obvio que no pude contener el llanto. Cuando uno es chico llora por cualquier estupidez.

´-Mi valijita, mi valijita- gritaba mientras mi papá corría a buscarlas.

Según mi mamá, que es bastante exagerada, había bombachas en el medio de la ruta y colgadas en el medio de las matas. No hubo muchas opciones para arreglar el problema de las valijas. Tuvimos que ponerlas en el asiento de atrás y el lugar que ocupábamos con mi

hermana se redujo a un espacio mínimo entre las valijas y el techo. Nos arreglamos y terminamos acostándonos sobre todo lo que llevábamos.

Llegamos a la frontera con Chile y paramos a cargar nafta. Insistí en que tenía sed y mi mamá compró un jugo Baggio de manzana de litro. Dijo que no compartí ni un trago, pero reitero, es exagerada.

El camino de la cordillera combinado con el litro de jugo, no fue una buena idea. Entre los cantitos que ya eran típicos de los viajes de largo hubo un silencio que no pasó desapercibido. Había vomitado. Pero todavía, había vomitado a Felipito. Lo bañé y el pobre en la silla no podía moverse.

-Ni en pedo me subo al auto de nuevo, voy caminando- dijo Ezequiel asqueado por el olor que se impregnaba en el auto mientras mi mamá limpiaba a mi hermano, mi papá el auto y mi hermana me acariciaba la espalda para que me sintiera mejor.

Gracias al cielo quedaban sólo 20 kilómetros. Llegamos bien. Y dentro de la desgracia, fue un buen viaje. O al menos, un viaje para recordar.

La historia de Miguel

Dolly Carolina Corrales

Hay personas que no son malas, pero las circunstancias de la vida las convirtieron en personas malas según la sociedad. Por ejemplo Miguel, un niño nacido en Colombia, en la ciudad de Cali, en un barrio de bajas condiciones. Vivía con su abuela, su madre, su padre y su hermano mayor. Vivían muy humildemente pero eran felices. Un día por cosas de la vida, a la mamá la mataron en medio de un problema que había en el barrio donde vivían. Fue un duro golpe para toda la familia, pero intentaron salir adelante.

Años después, una mañana de domingo, el padre regresaba de una fiesta y dos hombres lo sorprendieron para robarle y lo mataron en la puerta de su casa. Nadie sabía por qué había sucedido esto, Miguel y su hermano entraron en una depresión donde solo encontraron ayuda en las drogas.

La abuela ya era una mujer mayor y no podía trabajar. Las amistades de los hermanos los convencieron en robar y así poder tener un sustento. Luego, los convencieron de hacer trabajos más grandes, como el sicarismo o vender drogas. Ellos nunca pensaron que terminarían así. Cada persona elige el camino que quiere seguir, pero a veces las circunstancias de la vida te convierten en una persona mala. Como a Miguel hay muchas personas que pasan por lo mismo, o incluso situaciones peores.

Natalia

Agustín De Bianchi

Esta historia transcurre en la lejana Turquía del año 1987, una mujer de 21 años llamada Natalia hija del intendente de la ciudad donde vivía, y prometida del vendedor de muebles más reconocido de todo el distrito, caminaba tranquilamente por las calles, donde se dirigía a su casa luego de trabajar como maestra en una escuela nocturna. Cuando sin previo aviso dos hombres la interceptaron, le robaron y abusaron de ella sexualmente dejándola inconsciente en el suelo. Natalia se despertó al otro día en el hospital rodeada de

su madre y su padre, todos muy conmocionados por lo sucedido. El prometido de Natalia estaba ofendido con ella porque su religión decía que la novia no debe tener relaciones sexuales antes de la boda, sino es vista como una ramera. Para colmo, su padre encubrió todo lo que le había pasado a su hija, porque quedaba mal visto socialmente. La única persona que estaba junto a Natalia era su madre que se quedó siempre a su lado hasta que se recuperara.

Luego de recuperarse física y emocionalmente, era hora de buscar a los culpables de ese terrible delito, la policía local estaba a cargo del caso, los medios no tardaron mucho en sacar la noticia a la luz. Durante los meses que transcurría el caso, Natalia daba charlas de concientización a mujeres que habían pasado por la misma gracias a la ayuda de un hombre con el cual ella salía hace un par de meses.

Pasado ya un año y medio desde que ocurrió aquel hecho tan dramático para ella, los jueces encontraron a los dos culpables que resultaron ser hombres pagados por un grupo de mafiosos que se dedicaba a la trata de personas, cobrándole una venganza al padre por no haberles pagado a tiempo en un negocio clandestino que tenían. Los dos violadores fueron sentenciados a 25 años de prisión junto a los miembros de la mafia, y a su padre lo declararon culpable del hecho y por encubrir a esta banda durante varios años, fue sentenciado a 35 años en una cárcel común. Finalmente se había hecho justicia y daba una luz de esperanza a las mujeres que pasaron por esa situación.

Él

Lucía Demmis

Exactamente cinco años, durante los interminables últimos cinco años estuve fingiendo que no lo sabía, ni siquiera que lo sospechaba. Él creía que yo no lo amaba, que no me preocupaba por él, que no lo cuidaba y toda esa larga serie de cosas que supuestamente forman el amor de un matrimonio; y estoy segura de que fue ese absurdo sentimiento el que lo llevó a engañarme.

Ya hace seis meses del día de su muerte y lo recuerdo como si fuera ayer. Tomas, nuestro hijo, que ese día era su último día con once años, me despertó a los gritos diciéndome que el vecino había encontrado nuestro auto destruido en el callejón que se dirigía al pueblo. “¡Mamá nos robaron el auto, papá salí del baño, dale!” gritaba desesperado y yo no sabía cómo explicarle que él estaba, seguramente, destruido dentro del auto

Todas las mañanas, a eso de las seis, él tomaba el callejón hacia el pueblo para encontrarse con su amante en el hotel de la avenida con la excusa de retirar las ganancias del día anterior. Ese maldito hotel que había heredado de su padre y aunque era nuestro único ingreso hubiera preferido mendigar y vivir. Esa mañana su despertador no sonó, salió apurado y por eso fue que él y el auto se destruyeron automáticamente al desbarrancarse del callejón.

Tomas no sabía nada de esto, dormía hasta tarde y cuando despertaba, su padre ya se había ido al pueblo a trabajar como cualquier otro. Pero esa mañana, despertó muy temprano por la ansiedad de su cumpleaños, el cual finalmente pasó en el velorio de su padre.

Yo sabía que la vería entrar y me daría cuenta de que era ella, la mujer que me enfermó y mató a mi marido. Ese día necesité más calmantes que los que consumía a diario, mi

nerviosismo y ansiedad estaban potenciados. Nunca había asistido a un velorio y de repente me encontraba en uno, siendo la viuda.

Esperé sentada al lado del cuerpo y observé en mi medicada paz a cada mujer del pueblo que se acercaba a despedirlo, pero ninguna era ella.

El velorio había terminado, solo quedábamos Tomas y yo cuando un hombre, en pleno silencio se acercó, lo miró a Tomas y le dijo que su padre había sido y sería el hombre más maravilloso de esta tierra. No lo dudé un segundo, disolví el frasco de calmantes que tenía en mi cartera en un vaso de vino. El alcohol y los calmantes serían fatales. Amablemente le agradecí sus palabras y solo le pregunté si trabajaba en el hotel, me respondió que sí, que hacía ya hace cinco años. Le di el vaso de vino y lo dejé despedirse de él mientras observaba cautelosamente que se lo terminara.

Así fue, el vaso estalló contra el piso y al lado cayó él. Los dos muertos, juntos como todas las mañanas. Ella nunca llegó porque a quien yo había esperado todo el velorio, era a él.

Miedo nocturno

Julieta Díaz

Corría el año 2008 en el pueblo Los Naranjos, este era muy tranquilo y estaban acostumbrados a dejar todo abierto. Una noche los pueblerinos vieron una luz extraña, pero no le dieron importancia.

En el pueblo había una mujer llamada Marina que era la comerciante más reconocida por los alrededores, ella era una de las personas más buenas pero también la más fuerte.

Los días iban pasando, pero nada extraño había sucedido después de aquella rara luz.

Había pasado un mes después de la luz y a lo lejos se distinguieron los autos de la presidencia, de ellos se bajó un funcionario político e hizo correr la voz para hacer una junta con todos los pueblerinos. En la tarde se juntaron todos en la calle y el funcionario procedió a comunicarles que los habitantes de la ciudad se iban a trasladar al pueblo por un pequeño problema.

A los días las personas llegaron y se instalaron en las casas de los pueblerinos. Nadie dijo una palabra de lo que había ocurrido en la ciudad, pero se había armado un revuelo con las personas que venían de ella, porque gastaban mucha plata en reformar las casas y poner seguridad en las puertas y ventanas. Un día se le escapó a dos ciudadanos lo que había pasado en la ciudad y esto llegó a oídos de todo el pueblo pero fue muy difícil ya que a las horas todos se habían enterado.

Al caer la noche nadie quería salir de sus casas por miedo de que puedan venir las bestias que estaban en la ciudad.

Habían pasado dos meses y el miedo que se sentía en ese pueblo era mucho. En la noche empezaron a escuchar ruidos raros y en un momento ya nadie quedaba en las calles.

Una, dos, tres horas pasaron y ya los vecinos se empezaron a alterar.

En un momento se escuchó al Padre de la capilla gritando por la calle diciendo que lo que estaba pasando no era verdad. En un momento se escuchó como se iban destruyendo las casas, los pueblerinos en plena alteración corrían para salvar sus vidas porque a las bestias que le tenían tanto miedo habían llegado a su pueblo, causando terror y destrucción a todo lo que se les atravesaba por su camino.

Después de dos horas, las bestias acabaron con todo, dejando ningún rastro de vida.

Meditación asistida

Leandro Emanuel Díaz

Eugenia se había convertido al budismo, a la idea que tenía de budismo. Llegaba a la oficina con ese ánimo destructivo por el que en el entorno la reconocían. Verdadera agresividad dirigida a quien sea. Pero las imágenes doradas y multicolores de la divinidad lograron cautivar su atención. Krishna sobre todo. Entonces llegaba al barrio evitando el contacto vecinal, los cruces de miradas, y se internaba en su diminuto cuarto, acondicionado para maximizar la comodidad. Encendía el reproductor e iniciaba una larga meditación sostenida sobre la melodía mántrua hindú. Al estirar los músculos giraba la cabeza, y la mirada interior llena de reflejos brillantes la expandía al infinito. En una hora o dos, Leti la veía salir transformada en geisha, una gran mujer al mando de sus cosas, y de su temperamento.

Eugenia mantenía una relación tortuosa con Leti, con la adolescente Leti. ¡Hace unos años la pequeña todavía era un ser encantador! Algo revoltoso, pero calmo al fin. Ahora ella también se había transformado en otra, y no mediante un mantra o la meditación, sino por inconformidad, por desprecio. A Eugenia yo no le interesaba, a decir verdad. Preocuparse casi la mata. El trabajo, los desengaños, la sensación de lucir horroroso, el fracaso, en sumo, significaba demasiado para una mujer sola. Leti además se comportó durante meses como una bruja, llegando a horas de la madrugada sin previo aviso, ebria, con compañías extrañas. No permitiría que ni siquiera su hija constituya un obstáculo en su renovado ímpetu de vida, en su búsqueda existencial de paz absoluta.

Leti sabía de qué iba el comportamiento de Eugenia. Nada en el mundo le parecía más hipócrita, nada más cercano a la conducta de un avestruz desplumado, que esconde sus frustraciones en el primer pedazo de tierra blanda que pisa. Se le hacía tortuoso, pesado y sus propios anhelos pasaban por una búsqueda, sustancialmente distinta. Leti tenía amigas que lograban hacer lo que quisieran, que tenían dinero además para hacerlo. Su madre, en cambio, no la beneficiaba, diciendo siempre que la responsable de todo era ella.

Durante algún tiempo podía escucharse, desde las cercanías, la batalla campal que Leti y Eugenia levantaban en su hogar, día tras día. Los combates incluían platos rotos, cuadros despedazados, vasos, cosas. Ahora la tregua consistía en una total indiferencia entre ambas, Leti tenía sólo 16.

Lentamente, Eugenia siguió progresando en sus meditaciones profundas, cada vez más. Compraba discos al por mayor, con mantas y cánticos, y leía con avidez poesías más prometedoras del universo oriental.

Leti sentía cierta curiosidad por todo aquello, y en ocasiones, cuando su madre se ausentaba, los discos y libritos cían en sus manos. Por esa razón, conocía en detalle las obsesiones de Eugenia, y cuando la despreciaba, lo hacía con argumentos inexorables.

Malas elecciones

Martina Díaz

Yo no era malo. En realidad nunca lo fui. Pero quizás ahora, en la situación en que me encuentro, no sea tan fácil corroborar eso; me refiero: estando tras las rejas, mirando

durante 24 horas la misma pared de cemento sucio, no creo que alguien se atreva a decir que yo no era malo. De hecho para ustedes, los de afuera, nadie que termine encerrado en una cárcel es inocente, pero permítanle contarles que en el mundo exterior hay tanta maldad practicada a la luz del día como asesinos, ladrones y absueltos hay en las celdas siguientes a la mía. ¡Y se atreven a juzgarme! ¡Como si yo nunca hubiera sido uno de ustedes!

Yo no soy malo ¿Cómo pueden calificarme como tal? Si sólo tengo 18 años recién cumplidos ¿O acaso la maldad viene como un “bonus track” con la mayoría de edad? Pero la maldad está tan estereotipada, se viralizó tanto, que hasta me hace pensar si sabemos su verdadero significado. Pero allá, los que pueden ver la luz del día sin algún barrote despintado de por medio, viven en su “mundito”, chiquitito, sin abrir la cabeza. Porque nos implantan la idea de que con solo hacer un acto de caridad, con solo tirar una moneda a algún pobre vagabundo, ya somos buenos.

¡Pf! ¡Hipócritas! Si sólo pudieran darse cuenta de que la maldad vive en cada uno de nosotros, sin excepción. Si sólo entendieran que somos malos por naturaleza, que fuimos traídos al mundo para causar y sentir dolor, y ese simple hecho innato ya nos define como “malos”. Porque la maldad florece en la mentira, en los engaños, en los secretos, en los intereses, en las ideologías y torturas. Incluso en los actos bondadosos cuando estos son realizados por puro interés, por una mera necesidad de un reconocimiento. No solo en asesinar, robar o secuestrar.

Lo que sí sé, es que todo lo que uno es se trata de elecciones. Uno es lo que elige ser. Entonces así, la persona “mala” es la que hace malas elecciones.

Voces escuchadas

Andrea Durán

A principios de los años '80 en Centroamérica, para ser más específicos en el país de El Salvador, mejor conocido como “el pulgarcito de América”, se llevaba a cabo una de las más sangrientas guerras de ese territorio. José, un padre de familia y dueño de su propio negocio, un restaurante de pupusas ubicado en San Salvador, capital de dicho país. Su anhelo más grande era poder terminar de una vez por todas el conflicto armado que se desencadenaba a su alrededor para poder brindarle un futuro lleno de paz y alegría a sus dos hijas, Anita de seis años y María Fernanda, de tres.

El clima de violencia e inseguridad que los civiles vivían diariamente era terrible. Los invadía a cada minuto la incertidumbre, el miedo se había convertido en el mejor compañero de este pueblo, cuyas voces eran calladas vilmente por el presidente de esa época. Todo aquel que se manifestara en contra de la doctrina de él era fusilado, no existía el derecho a la expresión. Este presidente se caracterizaba por ser una persona muy fría y sin compasión, cuyo único interés era destruir la guerrilla, quitarles las tierras que les pertenecían a los más pobres del país, con el objetivo de seguir enriqueciendo a las catorce familias de la oligarquía cafetalera.

El ejército reclutaba a niños y preadolescentes. José, después de perder a su padre a manos de los militares mientras trabajaba en su milpa, tomó la decisión de llevar la justicia por su propia cuenta. Desconcertado por la muerte de su padre, buscó refugio en la iglesia, donde lo interceptó el obispo de la misma, Oscar Arnulfo Romero. Éste, al verlo tan mal y

desolado, trató de calmarlo con la palabra de Dios y le dijo: “Si Dios conmigo, ¿quién contra mí?”. José, al escuchar estas palabras, rompió en llanto. Un llanto que llevaba guardado ira, rencor, venganza y desolación. Le respondió al obispo: “Que Dios me perdone, pero al presidente lo mato con estas manos, Padre”.

El obispo lo aconsejó y buscó la manera de tranquilizarlo. José le propuso aliarse contra Napoleón con el fin de acabar de una vez por todas con la guerra. El obispo aceptó, después de todo el objetivo era la búsqueda de la paz. José empezó a llegar a la iglesia dos o tres veces por semana a planear cómo iban a lograr su tan deseado objetivo. El obispo Oscar con sus homilias, empezó a criticar las medidas que tomaba el presidente, a pedir al pueblo que se uniera para defender lo que les pertenecía y a no enriquecer más a la oligarquía. Lupe, una muchacha de alrededor de 32 años, se vio conmovida por el discurso del obispo, ya que había perdido a su hijo, reclutado por el ejército y muerto por una granada en un atentado a la madrugada. Esperó a que terminara la misa dominical y fue a hablar con el obispo.

Estaba dispuesta a hacer lo que fuera con tal de cesar la guerra. Ella no quería que alguien más pasara su sufrimiento que la muerte de su hijo le causó. Ya eran tres: el obispo, la voz oficial, José, el cerebro del equipo y Lupe, la ayudante con la voz de las mujeres. Al pasar dos meses de las constantes homilias que llamaban a la revolución el pueblo veía esperanza después de tantos años de dolor. Por fin podían creer que verdaderamente, si se unían en una ofensiva, sería el fin de la guerra. Sin embargo, el gobierno se enteró de toda la conmoción que las famosas homilias de Monseñor Romero causaban, quien supo que corría peligro si no hacía nada al respecto. Un domingo, como de costumbre, el Monseñor daba la misa y su tan común mensaje para el levantamiento de las masas. Mientras se preparaba para la consagración de la hostia y proceder a la comunión, se escuchó un disparo en el atrio de la iglesia que atravesó directamente su corazón, acabando con su vida. El gobierno pensó equivocadamente que asesinando a su líder la revolución terminaría, cosa que no fue así. La revolución siguió su curso y se llevó a cabo un mes después de la muerte del Monseñor. Ahora con más rabia que nunca y con un mayor anhelo de paz. Armaron una revolución con la cual derrocaron al presidente, cesaron los enfrentamientos de la guerrilla y el ejército. José recuperó su restaurante de pupusas y Lupe fue nombrada mártir de las mujeres.

Un pueblo sin respuestas

Agustina Estepa Visconti

En una capilla de un pueblo pequeño, vivía una mujer anciana, quien se encargaba de las tareas de limpieza, orden y cocina en lo que respectaba de la misma. Todas las mañanas salía a hacer sus compras habituales para prepararles la comida a las novicias y al párroco Juan Manuel. Era común que fuera al supermercado chino que se situaba a dos cuerdas del convento, porque era muy amiga de David, el cajero, y del dueño.

Un día como cualquier otro, Mirtha salió y se dirigió hacia el supermercado, pero antes de que llegara a destino, vio un tumulto de gente en la puerta del local y le preguntó a un joven que estaba allí:

-Nene, ¿sabés qué pasó allá? – Señalando el local, con voz preocupada.

El joven, indiferente, siguió caminando con sus auriculares sin emitir ninguna respuesta.

Ante la preocupación y un poco de desesperación por escuchar sirenas de policías y ambulancias, se dirigió hasta la puerta; al llegar se topó con la triste noticia de que habían asaltado el lugar y además su amigo David resultó herido de gravedad. Al enterarse, corrió hasta la capilla a informarle al cura; tomaron el auto y fueron hacia el hospital para enterarse del parte del médico.

Cuando llegaron, vieron que no había familiares del herido, porque él se había mudado a Magdalena hacía poco tiempo, solamente estaba el dueño del supermercado y gente de la cuadre.

-¿Cuál es la situación? Preguntó Mirtha, con la voz quebrantada y consternada al médico.

-Está muy grave, la herida fue muy profunda. Lo lamento, pero necesito de urgencia una transfusión de sangre, y no creo que sea posible. No hay tiempo – Se fue.

Todos en ese instante lloraron y se abrazaron, no podían creer lo que pasó. Hicieron una cadena de oración y trataron de difundir el comunicado de que necesitaban la transfusión con el lema: “Todos por David”. Pero el tiempo era corto, y él cada vez estaba peor, por lo cual el párroco decidió hacerla la unción de los enfermos y a la media hora, el jovencito de 30 años murió.

El pueblo estaba de luto, todos lo conocían, no eran todos amigos, pero la causa los unía. Estas tragedias no eran habituales en Magdalena, por lo cual entre Juan Manuel y toda la capilla decidieron hacer a los cuatro días de lo sucedido, una marcha en la municipalidad para pedir respuestas y justicia.

Luego de horas e reclamos, ninguna autoridad se acercó a atenderlos, pero sí les enviaron un comunicado amenazante a través de un empleado. Ante esto ellos se rindieron, pensaron en llamar a los medios pero el temor era más fuerte, y ante eso, se rindieron.

Alma Apátrida

Alejandro García Pacherras

Dejar la ambivalente Lima por un par de días fue una decisión que no me arrepiento de haber tomado. Mi terquedad de negarme a salir de la gris capital (sí, gris; el cielo de Lima es color gris panza de burro, lo que le da un aspecto tétrico a la ciudad) me hundía cada vez más en el estrés, la depresión y la monotonía. No hay peor infierno que la rutina. Es como la gravedad, es inevitable sucumbir ante ella. Sin embargo, podemos evitarla por un lapso de tiempo. Es justo lo que hice tres días antes de la celebración del Año Nuevo, evitar mi maldita rutina.

Al norte y a ocho horas de viaje en bus se encuentra un pueblito llamado Pacamayo, lugar que promete mucha distracción. El bus salió de noche. Esto no impidió que disfrute de la sublimidad de la nada y la sencillez de las pocas figuras que lograba reconocer. El llano apenas iluminado por la luna llena, las pequeñas iluminadas generosamente por el satélite, las figuras abstractas que se formaban en el cielo o que yo creía que se formaban. Observar todo esto y más me desgastó lo suficiente para quedarme dormido el resto del viaje y simplemente despertar para bajar en la terminal del pequeño mundo que me acogería por una semana y media.

Día soleado, cielo despejado, cero trópico, la arena del mar, es lo primero que un limeño percibe al llegar aquí. Manuel, mi mejor amigo, que había llegado antes que yo, me esperaba para llevarme a su casa, donde me hospedaría. Olvidé decir que Pacamayo está

ubicado literalmente en la costa. Bueno, seguiré. Mientras más avanzábamos, la vista se hacía mucho mejor ya que su casa se encontraba en el punto más alto de la ciudadela, a medio kilómetro del malecón, lugar a donde me dirigiría luego de haber dejado mi maleta y ponerme ropa mucho más cómoda.

El cálido mar era irresistible. Tanto lo era que me metí y fue ahí donde empezó mi lucha por avanzar contra las olas, lucha que siempre perdía y terminaba vencido en la orilla. No mentiré, estuve al menos seis horas en el mar desde que pisé la playa, me sentía un niño más. Me retiré cuando marcaron las 16 en mi reloj. Era tiempo de comer, y qué mejor que probar los variados potajes del puesto pocamayino luego de un baño en el salado océano.

Luego de un exquisito almuerzo que consistió en un arroz con mariscos y una cerveza negra, y de una ducha para liberarme de la arena y sal que me tenía incómodo; salí a perderme en las joviales calles norteñas. El sol ya terminaba de esconderse por completo bajo el agua. Los cuadros ya estaban preparados para la oscuridad, se iluminaban por farolas color sepia que daban una extraña sensación de estar perdido en la Lima colonial. En la única playa, ubicada en el corazón del pueblo, comenzaban a congregarse los jóvenes para planear las travesuras que harían durante la noche. La gente adulta, tradicional como siempre, prendía la radio y le alzaba todo el volumen, para luego pararse en la puerta de su hogar, con cerveza en mano, a beber con algún vecino o familiar. Prosigo. El malecón seguía lleno de gente. Unos se iban y otros llegaban. Los ambulantes se retiraban, llevándose consigo sus chucherías. Juntaban la basura de sus puestos, junto a sus ganas de vivir, los arrojaban a los tachos. Ya eran las nueve y parecía que la gente recién despertaba. Ya ni sentía que yo era de Lima, pero tampoco pertenecía aquí. No sé porqué pero es ahí donde sentí por primera vez que había tomado una decisión correcta.

El recuerdo olvidado

Camila Iñiguez

Clara y Enrique llevaban casados 20 años. Sus hijos, Juan Ignacio y Victoria, hacía ya dos años que no vivían con ellos, dejando la enorme casa solo para sus padres. En ese periodo de tiempo, el matrimonio decidió dejar la casa donde habían criado a sus hijos para mudarse a un departamento en el centro de la ciudad.

Su nuevo hogar tenía un espaciado living, una cocina con un lindo desayunador, una habitación y un amplio balcón que Clara ya estaba pensando en llenar de macetas. Sorprendidos quedaron cuando vieron que los dueños anteriores había olvidado una pequeña muñeca de trapo, que tenía en su vestido una inscripción: “recuerdo de Perú”. Decidieron quedársela porque iba a verse pintoresca entre sus decoraciones. Además, si los dueños anteriores no se la habían llevado, seguro no la quería.

Pasadas casi tres semanas de habitar el departamento, Enrique se levantó a las cinco de la mañana como todos los días para ir a trabajar cuando notó unas manchas en la cabecera de la cama. Sangre. Despertó a Clara asustado pensando que quizás se había lastimado o golpeado dormida, pero ni él ni su esposa estaban heridos. Y así como lo encontraron lo dejaron pasar, pero no ocurrió lo mismo a la mañana siguiente cuando las manchas volvieron a aparecer. En vez de limpiarlas decidieron mandarlas a analizar.

El mismo día que Enrique dejó las muestras en el laboratorio, llamó a la inmobiliaria para conseguir el número de los dueños anteriores, ya que la cabecera de cuero de la cama la

habían dejado ellos. Cuando se pudo comunicar y preguntó si habían tenido un episodio similar o si sabían si el material de la cabecera segregaba algún líquido, la mujer del otro lado quedó en silencio por unos instantes. Ésta preguntó si habían encontrado algo cuando se mudaron y él le contó de la pequeña muñeca. La respuesta de la ex dueña lo dejó helado; desesperada le pidió a Enrique que se deshiciera de ella inmediatamente, cosas horribles le habían pasado a ella y a su familia desde que trajeron la muñeca de un viaje a Perú.

Antes de volver a su casa, Enrique pasó a buscar los análisis. No podía creer los resultados: el líquido sí era sangre, pero definitivamente no era suya ni de Clara. Cuando llegó al departamento su mujer aún no había llegado del trabajo, por lo que iba a tener que tomar la decisión él solo. Tomó la muñeca, subió al ascensor y tocó el botón de la terraza. Allí la quemó y no se dispuso a volver al departamento hasta que la muñeca no estuvo hecha cenizas.

Enrique se sentía algo extraño, él nunca había creído en esas cosas. Mientras se metía en el ascensor intentaba calmarse. Lo último que vio Enrique al abrir la puerta del departamento, fueron los ojos brillantes de una pequeña muñeca de trapo que tenía en su vestido una inscripción: “recuerdo de Perú”.

La madrugada en el pueblo

Martina Jacquet

En un pueblo del sur argentino estaban sucediendo hechos de vandalismo que preocupaban a los habitantes. Frente al problema de amanecer y descubrir la ciudad pintada con grafitis, la plaza del pueblo destruida y sucia, los ciudadanos decidieron organizar una reunión.

Todos los adultos se encontraban allí. Desde el representante del municipio hasta el sacerdote de la parroquia, pasando por el dueño del almacén que estaba frente a la plaza y la mujer que se quejaba de cómo habían destrozado su cantero dejándolo sin las flores delicadas que antes tenía.

Discutieron por horas, y aún así no lograron distinguir al culpable. Dudaban unos de otros, recordando peleas que habían tenido hace varios años atrás. Volvieron a sus casas enojados porque habían tomado la decisión de vigilar las calles para descubrir quién era el vándalo, pero no habían podido ponerse de acuerdo porque desconfiaban de sus vecinos, de las personas con las que habían convivido durante todas sus vidas.

Este conflicto llevó a que todos los habitantes del pueblo decidieran mantenerse despiertos durante toda la noche. Pasadas las tres de la mañana, alrededor de 20 jóvenes se escaparon de sus casas para encontrarse en el centro de la plaza. El hijo de la mujer que reclamaba por su cantero, la hija del político, los cuatro nietos del comerciante, el niño que ayudaba todos los domingos al sacerdote en la parroquia, y muchos jóvenes más. Se reunían cada madrugada a hablar de cómo les gustaría dejar el pueblo y conocer otro lugar, algunas veces pintaban paredes y destruían cosas que creían que habían estado de la misma manera demasiado tiempo.

Cuando los adultos vieron quiénes eran, se sorprendieron y se indignaron porque, al final, todos tenían un poco de culpa.

No sólo la muerte nos separó

Antonelia Listuer

Por más que quisiera no habría podido olvidar todo lo que me causó tanto daño. Héctor, mi marido, un hombre a quien respetaba, quería y sentía que era el amor de mi vida, hizo que sufriera no sólo por sus actos sino por su despedida. Su abrupta muerte me golpeó tan fuerte que no salí de mi casa sino hasta su funeral. Los hechos y acontecimientos que se sucedieron fueron tan desgarradores como la más cruel puñalada. Padre y esposo que sólo dañó mi corazón. Aquél que me engañó con un hombre, sí, un hombre, a quienes encontré en mi cama.

Preparamos el funeral, un ataúd marrón fuerte, coronas a nuestro alrededor. Gente llorando y una silla al lado de él. Héctor, pálido, con sus manos en reposo sobre su vientre y una templanza en ese rostro que me hacía creer que nada había hecho. Y como por arte de magia, se abrió la puerta frontal de la casa velatoria y apareció con lágrimas en sus ojos aquel hombre con quien encontré a mi marido aquella vez en mi cama, en mi lecho matrimonial, el lugar donde compartíamos el sueño y algo más.

Indignada corrí hasta la puerta soltando la mano de mi hijo e hice un tremendo escándalo. Comencé a golpearlo con tanta furia, mientras mis allegados y familiares trataban de quitarme de ahí. Mi hijo, un niño apenas, lloraba desesperadamente. Fue en ese momento cuando miré su rostro y me detuve con un llanto incontrolable repitiendo una y otra vez lo sucedido.

La madre de Héctor, abochornada por mi causa, me miró y suplicó que respetara la memoria de su hijo. Sin más la miré y entre una catarata de palabras conté a los gritos, completamente desbordada por la situación, todo el daño que él me había causado. Su madre, simplemente no reprodujo una sola palabra y se desplomó sobre mí a unos pasos del cajón donde permanecía su hijo.

Todos allí quedaron perplejos, observándome. No sé si habían creído mi historia pero era la verdad. Dejé a mi niño con sus tíos y salí corriendo del lugar, con mi rostro lleno de lágrimas y el maquillaje corrido. Mi más sentido pésame mi querido Héctor, espero que tu alma jamás descansa en paz.

Predicar con el ejemplo

Julieta Luchetti

“Hemos finalizado la celebración, pueden ir en paz”, dijo el sacerdote, a lo que la congregación respondió: “demos gracias a Dios”. Todos salieron de la iglesia para encontrarse con vecinos y charlar.

El Evangelio del día había tratado sobre la importancia de la mujer en la sociedad y el respeto que se le debe tener. El cura habló mucho y con seriedad, criticando el machismo y el miedo de la mujer a opinar.

Era el pueblo de Radatilly, en el año 2001. El país argentino estaba atravesando una gran crisis económica y política. Se necesitaba ayuda en las escuelas y hospitales para poder dar buena atención pública. Cuando se quería tratar estas cuestiones, se reunían algunos dirigentes políticos, generalmente era algún representante del gobernador, el sacerdote de

la única iglesia del pueblo, autoridades del colegio u hospital necesitado y un representante de la sociedad.

Al ser un pueblo tan pequeño, los ciudadanos interesados en los conflictos presentaban proyectos de manera anónima. Solo dejaban el número de teléfono para poder enterarse en caso de ser elegidos.

En una de las últimas presentaciones a la municipalidad, uno de los proyectos fue elegido por unanimidad. Los argumentos y peticiones eran fantásticos para mejorar la calidad de vida de la población. Parecían pensados con la rapidez de un abogado, la experiencia de un médico y la noción de la realidad de un buen periodista. Llamaron al teléfono pero no pudieron comunicarse. Sin embargo, no podían perder esta oportunidad y dejaron un mensaje de voz.

Llegó el día de la reunión y, por primera vez, se presentó el gobernador de la provincia de Chubut. Allí estaban el sacerdote, el intendente y autoridades de la salud, todos esperando al autor de semejante proyecto.

Estaban reunidos en una sala colmada de cuadros con presidentes y hombres importantes de la historia del país. Tocaron la puerta y el sacerdote se acercó a abrir. Del otro lado se encontraba una mujer y, creyendo que era una secretaria del lugar, le dijo que estaban ocupados y que no necesitaban nada, cerrando la puerta rápidamente. LA puerta volvió a sonar, el cura volvió a abrir. Allí estaba la mujer, quien dijo: “Usted habló en la misa de las mujeres y que no debemos tener miedo a opinar. Ese proyecto es mío. Con permiso”. La mujer entró y se sentó en el medio de los hombres a debatir.

“La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio” (Timoteo, 2: 11-12).

Triste enfermedad

Malena Lynn Arvid

Ella estaba sentada en su cama, como siempre, como todos los días desde mis 16 años. Mi mamá era una mujer feliz aunque no lo tuviéramos todo, una gran compañera y consejera. Ella siempre estaba esperándome con una sonrisa y la comida en la mesa cuando yo llegaba del colegio, dispuesta a que nos contáramos cómo iba nuestro día con lujo de detalle. Tuve un padre ausente que nos abandonó cuando cumplí tres años y desde entonces mi mamá trató de llenar el vacío que suponía que había dejado en mí. Se hizo cargo y me acompañó en todo, sólo sentía la ausencia de ese hombre en ocasiones que eran inevitables. Eso fue lo que ella intentó hasta su accidente.

A mis 16 años y 36 de mi mamá, camino a un campo que tenía mi abuelo, ella volcó con su auto. Si bien el accidente no fue tan grave, en ese momento sufrió un paro cardíaco. Pasó días en terapia intensiva, además de tener contusiones que hacían que su estado no mejorase. Los médicos daban pocas esperanzas de que pudiese despertar hasta que un día, después de tres meses, justo un día antes del cumpleaños de mi abuelo, despertó.

La noticia de que hubiera despertado nos tenía muy felices a todos. No sabíamos que había abierto los ojos hasta que llegaron los médicos. El doctor Guerrero, médico de la familia, se dirigió a mi abuelo y le contó que ya estaba consciente pero que desafortunadamente tendría que quedar postrada en cama.

Manejar esta situación nunca fue fácil para mí. Nunca supe muy bien cómo hacerlo, sólo sabía que tenía que cuidar a mi mamá como ella lo había hecho conmigo. Pude contar mucho tiempo con mi abuelo, que me ayudaba mucho a cuidarla, hasta que a mis veinte años murió de un infarto. Con esto mi vida quedó desmoronada. Si conseguía seguir de pie era por mi mamá, que dependía de mí para todo. No podía hacer nada por su propia voluntad. Después de seis meses de la muerte de mi abuelo el panorama con mi mamá empezó a empeorar. Ella estaba cada día más desanimada y triste. Llegó el 11 de noviembre, justo un día antes del cumpleaños de mi abuelo. Fui a la pieza donde siempre estaba mi mamá, sentada en su cama como todos los días desde mis 16 años, pero esta vez ella estaba con los ojos cerrados y ya sin respirar.

Marcos, el doctor

Pedro Maza

Ingresó al edificio donde trabajaba como todas las mañanas, con el temple y la seguridad de alguien con experiencia.

-Buen día doctor- dijo su asistente cuando Marcos ingresaba al consultorio.

Respondió amigablemente y le dejó el sobretodo para que lo guardara.

Marcos tiene 48 años, es pediatra y cuenta con un gran prestigio y reconocimiento en su campo. Es reconocido por su profesionalismo y buen trato con sus pacientes, niños en su mayoría.

El reloj marcó las nueve de la mañana y Marcos esperaba un paciente que se estaba demorando. Finalmente llegó, se trataba de un niño de seis años, que llegó de la mano con su madre.

Era una simple cita de rutina, pero por ser la primera vez que iba, el niño se veía asustado. Marcos notó esto y lo tranquilizó rápidamente, bromeó y logró hacerlo reír. Lo revisó con calma, todo estaba en orden. Antes de que se fuera le dejó elegir un caramelo. La madre quedó encantada con el trato del doctor y confirmó todo lo que le habían contado sobre él.

La extensa jornada laboral terminó y Marcos iba camino a su hogar. No era muy cerca, pero no había mucho tráfico a esa hora y pudo llegar en diez minutos. Luego de entrar el auto en la cochera ingresó a la casa con cierta pesadez. En la cocina estaba su hijo de ocho años, terminando un dibujo. El chico se levantó enérgicamente de la silla, emocionado por la llegada del padre, y se le acercó.

-Hola pa, mirá el dibujo que hice, es un regalo para vos- dijo sonriente.

-Matías, ya te dije que no me molestes más con tus dibujos, dejalo por ahí que después lo veo- le respondió seriamente. -¿Dónde está tu madre?- ni siquiera puso la mesa para la cena.

-Se está bañando- dijo su hijo entrecortadamente.

Al día siguiente Matías, por casualidad, vio su dibujo en el fondo del tacho de basura, era lo único que había en él. Su rostro dejó ver una infinita tristeza, tomó el dibujo y fue a su habitación.

Una mujer digna

Agustina Moraño

Una noche una joven de tan sólo 21 años caminaba por la calle como cualquiera, pero ella no se sentía como los demás, era una persona educada, respetuosa siempre siguiendo estrictamente lo que sus padres o la iglesia le decían porque además de eso era muy religiosa. No quería dejarse llevar por lo que decían, aunque ella estaba con una persona que estaba en otra política. Era el gobernador de la ciudad donde vivían juntos, aunque tenían distintas formas de pensar sobre la vida y sobre las ideas que planteaba para ese lugar de convivencia.

En la iglesia ella había conocido a un hombre el cual le parecía muy interesante ya que él si compartía los mismos pensamientos e ideas claro que era por su pasión, creencia que no podía hablar demasiado con él porque el hombre con el cual estaba era celoso se pensaba que hasta un poco obsesivo, no quería que salga tampoco a la iglesia. La gente no entendía cómo estaba con ese señor, pero cómo no iban a estar así si por más de sus diferencias ambos se querían.

Al día siguiente salió para ir a comprar comida para llevar. Donde se encontró con un joven de su edad muy amable que se puso a hablar con mucho respeto porque sabía quien era y que tenía pareja. No quería causar ninguna incomodidad.

Él la conocía y ella también pero le llevó un tiempo darse cuenta de quién era.

Después de unos días de verse más seguido ella terminó enamorada de aquel individuo pero algo iba a pasar con ella. La gente de la iglesia pensaba que estaba haciendo las cosas mal, pero no importó porque era tan grande ese sentimiento. El hombre del comercio se enfrentó ante todo y ella por fin pudo dejar a aquel hombre que no dejaba ejercer lo que ella quería.

Golpe

Ezequiel Movilio

Era un día gris, caminábamos junto a mi esposa hacia el café donde desayunamos todos los días.

-Buen día, ¿van a tomar lo de siempre?- Dijo Manuel, el mozo del lugar.

-Sí, dos cafés como siempre, pero sin medialunas esta semana.

-Y no es justamente por la dieta- agregó Martina, mi mujer.

-Mirá estos, gritando ahí en la plaza, ellos están peor que nosotros. Con “ellos” me refería a un grupo de hombres.

-¿Qué pasará con Yrigoyen? Preguntó Manuel.

-Ya se lo habían avisado- respondí- Desde fines del año pasado que le advertí a ella que ésta década iba a ser brava.

-¿Usted dice que Aramburu va a cumplir con lo que dijo?

-No estoy seguro- contesté.

Después del bar, nos dirigimos cada cual a nuestros trabajos y arreglamos con Martina que yo volvería a casa para llevar a nuestra hija Candela a la escuela. Pensamos en el costo que había en tener a una persona de empleada solo para llevar y traer a Cande del colegio.

-¿Yo la llevo y vos la vas a buscar?- dije.

-Quedamos así –respondió Martina- Hoy le aviso a Mabel que ya no la vamos a necesitar para llevar a la nena. Le diré que nos encargaremos nosotros.

Cuando regresé de la oficina, en vez de sentarme frente a la mesa almorzar, por primera vez iba a llevar a mi hija al colegio.

-Candela, bajá que nos vamos- dije.

-¿Hoy no me lleva Mabel? Dijo sorprendida.

-No, hija. Mabel renunció. Para cambiar de tema estuve rápido y pregunté- ¿Qué están viendo en la escuela?

-Estamos hablando de un tal Aramburu, ¿vos sabés quién es?

-No Cande, no sé quién es. Ahí me di cuenta que ya era hora.

Era tan bueno

Micaela Pastor

Es algo chistoso cómo cada vez que alguien muere la gente pronuncia con pena "era tan bueno". En realidad, ¿lo era? La realidad es que la gente mira al difunto como una víctima que ha sido sacudida por la vida y no merecía aquel final, trágico o no.

Fernando Ocaso era en esta ocasión el difunto y en su habitación habían tres grandes coronas que ponían un poco de color al triste ambiente donde el hombre yacía en paz. Tenía 27 años y todas las mujeres que lo conocían elogiaban su aspecto. Era apuesto, aunque algo flaco y sin músculos. El hombre tenía ese "no sé qué" que hacía que todos se enamoraran de él, incluso su primo, homosexual, que siempre encontraba la ocasión de hacerle ojitos cuando la viuda no lo estaba mirando. El muerto tenía una esposa e incluso un pequeño hijo que recién daba sus primeros pasos en la escuela primaria. Su mujer era una dedicada ama de casa que había dejado su carrera para poder hacer feliz al pobre Fernandito, como solía llamarlo su madre cuando era niño.

"Era tan bueno", sollozó su esposa pegada al cajón de madera oscura y brillante donde, tapado, el difunto descansaba en paz, aunque no por mucho tiempo.

La puerta se abrió y una mujer vestida de luto entró con un pañuelo blanco en la mano bañado en lágrimas y la otra mano en su pecho. La gente miró a la mujer con algo de extrañez y murmuraban entre ellos posibles respuestas a la incógnita. La mujer dio un paso hasta el cajón y apoyó su cabeza en él, llorando y pidiéndole al difunto que volviera. Los murmullos aumentaban a medida que la destrozada mujer decía "amor mío" con un grito de agonía. El silencio se hizo presente en la habitación. La viuda, de repente, parecía haberse quedado sin lágrimas en los ojos y dio dos pasos hasta la misteriosa mujer. Le tocó la espalda con suavidad. "Querida, creo que se ha confundido de sepelio", le susurró con la voz ronca de tanto llorar. La misteriosa mujer miró a la viuda con odio y rencor, y soltó el pañuelo junto con miles de blasfemias. Finalmente, le murmuró: "este es mi esposo". La otra mujer, envuelta en ira, le gritó: "también es el mío".

A pesar del tiempo

Nicolás Pérez

Adam es un ingeniero que vive en ciudad Sancro, Nueva Inglaterra, junto a sus padres William y Rose, trabaja en el laboratorio Aguja Corp desde que se recibió a sus 23 años. A diferencia de sus compañeros ricos él tuvo que atravesar una infancia complicada al tener que trabajar para ayudar a su familia y estudiar para el día de mañana tener un mejor futuro.

"El valor del tiempo es único", dice el lema del laboratorio. De camino al trabajo Adam se encontraba con sus compañeros Emma y Juliet, expertas en historia e ingeniería termonuclear. Emma llevaba puesta su bufanda a rayas y su boina que cubría su cabellera rubí, mientras Juliet vestía su espléndido chaleco negro con incrustaciones de engranajes color ocre. Al llegar a las puertas de Aguja Corp se encontraron con otros compañeros; Jean con su ropa extravagante y Hana, tan sencilla como de costumbre, luciendo sus botas negras y un sobretodo desgastado color verde.

El día era muy importante pues probarían su último invento, un portal cuántico que les permitiría acercarse al pasado. Movieron palancas, ajustaron turbinas y calibraron todos los compresores... Adam con su bata oscura desteñida y sus gafas grises se encontraba muy ansioso, tomó un par de herramientas y junto a sus compañeros iniciaron la prueba.

La máquina desprendía luces monocromáticas, su primer objetivo fue observar la Inglaterra de la revolución; una imagen tridimensional surgió del portal y al ver las imágenes de aquel tiempo se inició un debate. Los más adinerados del grupo sostenían que aquella época fue excelente por los avances en los nuevos proyectos industriales por supuesto siempre y cuando se perteneciera a la nobleza, mientras que Adam y Hana pensaron más en cómo esa Era dividió aún más las clases sociales, los pobres y las malas costumbres de los ricos, duraron horas debatiendo sobre los pro y los contra. El debate finalizó tras acordar en que la ciencia de aquel entonces, junto con la visión futura que se sostenía de ella fueron los engranajes por los cuales se llegó a este presente.

La noche había llegado, los jóvenes partieron a sus casas, Adam se mantuvo en silencio todo el camino pensando en que tal vez, algún día pueda desaparecer la brecha de la sociedad.

El fin

Jacqueline Andrea Pinto

Habíamos planeado este viaje con mi esposo durante mucho tiempo, necesitábamos darnos una pequeña escapada del mundo real y como no teníamos hijos debido a que éramos un matrimonio bastante joven (24 y 25 años) teníamos la libertad de irnos cuando quisiéramos.

Llegamos al puerto y vimos este enorme barco, era un crucero cinco estrellas y además un trasatlántico. El plan era salir del canal de Panamá hacia Europa, el viaje duraría aproximadamente un mes dependiendo de las condiciones climáticas.

Entramos a nuestro camarote, el cual era uno suite, e inmediatamente quedamos anonadados con el tamaño y la belleza, tenía pisos de madera, una pequeña sala de estar,

comedor y cocina propios, unas relucientes escaleras en forma de caracol que conducían al segundo piso, donde se encontraba una enorme cama con dosel y sábanas blancas, las paredes de la habitación eran de vidrio lo cual ofrecía una hermosa vista hacia el inmenso océano y a partir de ese momento comenzamos a disfrutar nuestras vacaciones como reyes. Teníamos ya una semana a bordo cuando una mañana nos levantamos sobresaltados, debido a que el capitán hacía un anuncio por el altoparlante: al parecer hubo un fallo con el equipo de armas nucleares que es controlado por la fuerza armada estadounidense y todas las armas nucleares que estaban ubicadas en los distintos países habían sido accidentalmente detonadas; convirtiéndonos a mi esposo, a mí y a los otros 498 pasajeros incluyendo la tripulación en los únicos seres vivos del planeta.

Al instante se me puso la piel de gallina y los ojos se me humedecieron, tomé la mano de mi esposo y él me abrazó con fuerza.

No lo podíamos creer, pensé en mi familia, en mis mascotas y en los lugares y amigos que frecuentaba, de todo eso ya no quedaba nada, todo había desaparecido; así como también mis esperanzas de formar una familia, de tener hijos y llevarlos a la escuela o a montar bicicleta y sentí como se formaba un enorme agujero en el pecho.

Decidimos salir a cubierta en donde todos los pasajeros se encontraban algunos rezando, otros llorando desconsoladamente y unos cuantos saltando del barco buscando suicidarse, quizás para encontrar paz y calma en medio del caos o para reunirse con sus seres queridos.

De repente vimos una enorme nube de polvo radioactivo que se dirigía hacia el barco, se acercaba con rapidez tanto que lo último que fui capaz de hacer antes de quedar en la oscuridad, fue ver los hermosos ojos de mi amado y decirle calladamente que lo amo, después de eso todo fue silencio y penumbra, me costaba respirar y sentí como me ahogaba poco a poco, cerré los ojos y decidí dejarme llevar por la muerte. Estaba a punto de morir cuando abrí los ojos y desperté.

Los muertos no descansan

Paula Rodríguez

Solo recuerdo que dolía. Cada golpe suyo dolía. Su argumento fue que lo provoqué al salir a tomar un café con mi primo Dawson.

No recuerdo bien como pasó. Yo no quería hacerlo. Simplemente quise detenerme y lo empujé. Nunca imaginé que su cabeza daría contra el clavo de la pared, y mucho menos que se clavaría en su nuca y le atravesaría en la mandíbula.

Trevor falleció al instante. Había asesinado a mi novio.

Las semanas siguientes al suceso, fueron las más horribles de mi vida. Me la pasé entre penales, terapeutas y abogados.

Mi caso finalmente se resolvió: homicidio culposo. Quedé libre. No fue intencional. Esa noche logré quedarme dormida, luego de dos días sin poder pegar un ojo.

A mitad de un sueño confuso me desperté. Sentí frío, y me incorporé para cerrar una ventana. La cortina azul flameaba. No recordaba haberla dejado así.

Y de repente lo vi. A oscuras distinguí la remera roja y negra que tenía puesta el día del accidente. Su piel tenía un tono grisáceo pálido, y su mirada estaba apagada.

Me agarró del cuello, y me tapó la boca con una cinta. Sus manos heladas y viscosas me sujetaban la cabeza y las manos.

-¿Creíste que te habías librado de mi estúpida?- Me dijo al oído.-Pues no, no lo hiciste. Ahora te vas a ir al infierno conmigo.

Estaba allí: no puedo decir que estaba vivo, porque su aspecto no lo demostraba. Olía a podrido y tenía sangre seca en la cara.

Me desnudó y me manoseó. Tuve ganas de vomitar, pero no pude, me largué a llorar. ¿Cómo podía ser? No era posible que estuviera allí. Yo vi como lo enterraban. Me ató las manos y las piernas con mis sábanas. Intenté gritar, pero con la cinta en la boca no logré emitir ningún sonido.

Salimos por la ventana y me cargó en su vieja camioneta roja.

Reconocí el recorrido enseguida. Nos adentramos por el camino de tierra que conducía a su estancia, ubicada a unos pocos kilómetros de la ciudad. Los pinos al costado de la calle hacían todo mucho más aterrador.

Estacionó al borde de la pileta. Me bajó y me sacó la cinta. Desesperada y aterrorizada comencé a gritar.

-¿Qué haces aquí? ¡Tú estás muerto!

-Yo no estoy muerto- Me dijo. Pero tú pronto lo estarás- y dicho esto me arrastró hacia la piscina.

Intenté soltarme, pero sabía que no lo lograría. Había llegado mi fin.

Me arrojó al agua y se sentó a mirar. Rió cuando me vio luchar en vano para no ahogarme. Luego todo se volvió oscuro.

Desperté en lo que yo creía era una habitación de hospital. Estaba todo en silencio y olía a humedad. Luego me enteré que me hallaba en un manicomio, o mejor dicho, en el infierno. La empleada doméstica de la casa de Trevor me encontró flotando en la piscina en la mitad de la noche.

Todos creyeron que intenté suicidarme a causa de mi depresión por la muerte de mi novio. Conté lo que en realidad había sucedido, pero nadie me creyó. Por eso estoy internada aquí.

Me tienen atada porque intenté escaparme, y me hacen tomar cientos de pastillas al día. Preferiría estar muerta.

Pero aquí estoy. Es de noche y la vieja que duerme a mi lado ronca muy fuerte. Está aquí porque ve personas donde no lo están. Menuda loca. Le doy la espalda y veo a Trevor que me sonrío desde la ventana.

Ser o no ser

Daiana Rojo

Todas las personas debemos tener una imagen diferente (aunque a veces similar) de lo que es ser una mala persona, y pienso que varía según las experiencias y la gente que juzgamos, porque a algunos los justificamos.

En mi opinión, una persona mala no se interesa por la gente que lo rodea y lo que ellos necesitan. Es egoísta y piensa más en sí mismo que en otros. Quien envidia tanto hasta el punto de hacer daño o buscar la infelicidad de otra persona para conseguir la suya, o

quizás no la infelicidad pero sí la satisfacción del dolor ajeno, buscan su placer absorbiendo la energía de los demás, necesitan sentirse superior al resto.

Pienso que hay diversas razones que llevan a las personas a ser malas, aunque no los justifica. Una de ellas puede ser una infancia difícil, quizá fueron víctimas de violencia familiar, eran reprimidos de expresar ideas y no podían "ser". Es muy importante para los niños el modelo de los padres porque son quienes más influyen en su vida y, si tienen padres violentos, posiblemente lo sean; otra aptitud de la gente mala.

Es muy probable que las personas malas no hayan recibido afecto de nadie, ni siquiera propio. Y que no sientan afecto por otras personas tampoco. Seguramente no tienen amigos y, si los tienen, son tan o más malvados que ellos. No tienen en quién confiar y están invadidos de soledad, aunque supongo que esto no les molesta demasiado, sino tomarían la decisión de cambiar su forma de ser. No creo que exista una fuerza superior que se los impida.

En los cuentos, por lo general, los malos son a los que las cosas les salen mal, por ejemplo, quieren envenenar a alguien con una manzana y se la terminan comiendo ellos mismos por error, pero conozco en la vida real mucha gente que es mala y sin embargo triunfa. No le importa a quién tiene que sobrepasar para cumplir sus metas y objetivos.

Y yo me pregunto... Vos, ¿de qué lado estás?

La despedida

Anabella Roldán

Han pasado cinco años desde aquella última vez en Argentina, desde aquella pelea con mamá y la que me hizo tomar un avión e irme a New York. No me arrepiento de haberme ido, pero creo que fui algo dura, jamás leí sus cartas, las tengo ahí en algún cajón de la habitación pero tampoco me animo a abrirlo.

Ayer, al llegar del trabajo, el teléfono sonaba eufórico y apenas alcancé a atenderlo, era mi hermana Luisa que me llamaba desde Buenos Aires. Algo había pasado, nunca llamaba, sólo los cumpleaños y fechas importantes.

Y era así, Luisa llamó paraarme la terrible noticia de que mamá estaba internada en una clínica porque el cáncer que tenía se había extendido por todo el cuerpo y mi hermana quería que viaje enseguida para allá, ya que mamá pedía que estuviese con ella.

Pero, ¿cómo volver después de tantos años? ¿Tendría el valor de verla? Si todavía no sabía si la había perdonado porque en serio me había dolido lo que me hizo. Nadie se va cinco años de su país por una tontería, su mala actitud me hacía pensar que era imposible perdonarla pero su estado era crítico, era necesario verla y que me vea.

Lo pensé una hora y ese mismo día partí para Buenos Aires, nunca había estado tan nerviosa, me preocupaba encontrarme con el pasado y no poder mirarla ni a los ojos. Pero al fin llegué, estaba ahí, en la puerta de la habitación de la clínica. Mis piernas temblaban hasta que una enfermera salió de la habitación y entré.

En la habitación no había nadie, sólo mamá y yo, ella tenía los ojos cerrados y el rostro pálido, pero sus manos estaban tan cálidas como cuando las tocaba en la infancia. Y ahí me inundé de recuerdos, todos lindos y todos con ella, ¿cómo fui tan idiota de irme? Por un impulso, por un error, por no saber perdonar al ser que más amo.

Pasaron diez minutos y mi llanto la despertó. Ahí pude ver sus ojos grises opacados por la enfermedad y me habló, sí, me habló. En la más profunda agonía escuché su voz que me pedía perdón contantemente y yo sin saber qué responder hasta que al fin e salieron las palabras y le dije:

-No hay nada que perdonar, el pasado ya pasó y hoy estoy acá.

En ese mismo instante los dos nos llenamos de lágrimas hundiéndonos en un abrazo, pasaron varias horas y me quedé dormida en la silla a su lado tomando su mano. Pero el frío de esta me despertó y ya sabía que su corazón ya no latía, se había ido para siempre.

No sentí rencor en ningún momento, sólo paz, paz de saber que la había perdonado y ella a mí. El amor nos unió y nos uniría para siempre en ese último adiós que guardé en mí.

La dama de negro

Tomás Rolling

Yo no sabía a qué le temían. La dama de negro era mi compañera implícita, y aunque nunca la había visto, tanto yo como ella notábamos su presencia fría, silenciosa, bella. A pesar de no lograr verla, se sentía llegar; ese momento último de desesperación que todos alcanzaban finalmente. Las pupilas enormes, dilatadas, dejaban que el alma se escapara a chorros. La mayoría dedicaba sus últimos alientos a que no los encontrara. Otros, como si fueran niños, cerraban los ojos con furia, creyendo que desaparecerían y de esa forma no los iba a atrapar.

De cualquier manera, ella llegaba por todos.

Ese era mi trabajo, y que Dios me condene si iba a hacerlo mal. Si él hubiese querido que yo anotara si hablaban, el trabajo de Karl tendría que haber sido para mí. Pero era yo quien estaba en la sala, y él quien se quedaba fuera, atento y con la pluma en la mano. Además, así funcionaba. Era un trabajo de tres. Karl afuera, anotaba. Yo por mi parte, me encargaba de llevarla al puerto, donde la Dama venía a buscarlos en su barco sin remos.

Un día, una de las pobres almas que vino, se comportaba raro. Me di cuenta desde el momento en que cruzó el umbral. Ella, a diferencia de todos, entró caminando, sin arrastrarse y retorcerse como los más valientes, ni llorar y gemir como los más cobardes.

Cuando la pusimos sobre la mesa, sus muñecas frías me sorprendieron; ya parecían muertas. No gritó. No había terror en sus ojos, mi desafío. De hecho, no había nada en esos ojos.

Al sacar mis instrumentos de trabajo, su reacción, si existió, fue imperceptible. Deduje que ésta sería idiota, y que por alguna razón me habían designado las víctimas “especiales”.

Así que tomé sus manos y empecé por ahí. Este trabajo no era rápido; algunos usaban máquinas, pero yo lo veía como un arte. Esto tenía que hacerlo uno personalmente.

Decidí comenzar con un tornillo. Uno sólo. Lo clavé en su palma con fuerza y lo giré. Nada. Le di una vuelta, pero la reacción de esa tarada era todavía la misma. Me enojé e inspiré profundo. Junté todas mis fuerzas, y mi odio contra esta raza, muy tonta como para entender siquiera el dolor, y le di una tercera vuelta.

Grité, y grité fuerte, desesperado. En la palma de mi mano comenzaba a asomar la punta del tornillo, bañada en carmesí. El frío del hierro sólo amplificaba el ardor puro de la carne a su alrededor, y los pequeños huesos que previamente constituían mi mano, crujían con cada vuelta del tornillo.

Mi cara me miró desde arriba, sonriente, y fue a buscar otro tornillo.

La sombra

Paula Romero

Mira a la izquierda, mira a la derecha, repite. Izquierda, derecha, otra vez. Mira hacia atrás, sobre su hombro, tiene que comprobar que no lo sigue. Izquierda, derecha, atrás, sobre el hombro... está solo.

Acelera el paso, quiere llegar. Se siente expuesto, hay mucha luz; en la oscuridad de la casa es mejor y se siente más a gusto, a salvo. Una vez más: izquierda, derecha, atrás, sobre el hombro, soledad. Puede entrar, no lo sigue. Aún así, traba la puerta y se asegura un, dos, hasta cinco veces de haber puesto llave antes de sentirse libre para cubrir las ventanas con las cortinas negras. Sí, ahora está solo, al fin. Si no se filtra la luz del sol, si logra resistir hasta el anochecer, si aguanta hasta que se alce la luna...

Camina por la habitación, abre la pequeña cajita de música, se deja envolver por la melodía. Da vueltas y vueltas, sí, no lo siguió, está solo, no logró alcanzarlo. La luna no tarda en llegar, simplemente tiene que espantarla y todo va a estar bien, todo va a volver a la normalidad. Tic, tac, tic, tac; el reloj cuenta los segundos, la melodía sigue sonando, la bailarina da vueltas y vueltas, ¿o es él quien no deja de girar?

Un poco más, solo un poco más hasta que la luna se eleve. Son nada más él y esa bailarina en el cuarto, en la casa, en el mundo. Él y la bailarina que da vueltas y vueltas, mareándose, bailando solo para él. Se permite ser feliz, ella se ve tan bonita cuando la luna llega y por un momento sigue creyendo que están solos... pero cuando corre las cortinas y la luz escasa de la luna se hace presente en la habitación, descubre que la sombra está ahí; siempre estuvo ahí.

El combinado

Federico Sánchez

Aquella familia trabajaba para comprarse un pequeño “combinado”, aquellos que servían para escuchar música y roces a través de un mismo amplificador.

-Tata, mire el combinado que me compré.

-¿En esta época, pibe? – respondió.

-Están saliendo a la venta. Dijo Mauricio.

El reloj marcaba las 19 horas, se escuchaban voces en el combinado, Mauricio se levantó del sillón y comenzó a cocinar. Esperaba que su mujer vuelva de trabajar; alcanzaba para comer y de vez en cuando disfrutar de un pequeño lujo.

-Hola, Mau –dijo tiernamente ella, mientras se quitaba un sobretodo que llevaba.

-¿Cómo te fue Caro? – respondió Mauricio.

-Bien, solo un poco agotada.

A las 19:30 horas la comida ya estaba casi listo y luego se sentaron a comer.

En el combinado se escuchaban palabras como “leyes”, un “jueves negro”, “la bolsa” y palabras que no perturbaban la cena en familia, pero por alguna razón la plata o el dinero escaseaba en esos años.

El jueves a la mañana Carolina había sido suspendida del trabajo por reiteradas situaciones en las que llegaba tarde, lo que provocó que su día fuera inútil. No encontraba dinero en su bolsillo, no encontraba forma de llevar algo de comer a su casa.

Cuando llegaba a su casa, el combinado anunciaba las 10 de la mañana, lo desconectó y sin preguntarle a su esposo, lo vendió para llevar alimentos a su casa, las últimas palabras del combinado, anunciaban una crisis.

La familia empezaba a regularizar su situación, subsistía, pero no poseía combinado.

Una linda compañía

Daiana Scheyola

Cuando cumplí mis quince años, mi abuela me regaló un viaje a Carlos Paz, provincia de Córdoba, ciudad que para ese entonces me atrapaba, más allá de sus paisajes y lugares exóticos, por la gente que la habitaba. A mi pesar, no había viajado nunca hacia el centro, y mucho menos al norte del país. Me invadían las dudas acerca de sus costumbres, sus lugares recurrentes, sus tradiciones, su visión acerca del mundo turístico que los rodeaba y la tonalidad de sus voces tan reconocida y señalada por quienes no pertenecían allí.

Mi compañera de viaje tuvo que ser, sin duda alguna, mi abuela Dora, ya que era la persona que más me conocía e interesaba en el mundo y a quien, a su vez, yo acudía sin pensarlo ante cualquier situación. Ambas comenzamos la travesía con San Antonio Oeste como punto de partida, un pueblo en lento progreso de la provincia de Río Negro, en donde mi abuela vivía desde que se casó, a los 19 años, con mi abuelo Lito. Desde el inicio del viaje hasta el final, ambas charlamos sin cesar, cualidad elocuente que nos caracterizaba cuando estábamos juntas y que solía fastidiar a quien se encontrara presente a nuestro lado. Al llegar, acordamos una serie de actividades y visitas guiadas para los días siguientes. El único imprevisto fue, y al cual al principio me resistí profundamente hasta que logré cambiar de opinión, fue acudir al espectáculo de circo "Stravaganza", reconocido en todo el país por sus protagonistas célebres. Terminé agradeciendo por asistir a aquella función, que me fascinó.

Nuestros días de ocio y largas conversaciones finalizaron el 19 de febrero de 2014, día en el que yo cumplí mis 16 años y debía regresar a mi hogar para festejar la jornada con el resto de mi familia y amigos. La experiencia fue increíble al estar acompañada por tan linda persona y descubrir, junto a ella, lugares desconocidos hasta entonces.

La autorización

Chiara Scicolone

En las vacaciones de invierno del año 2012, yo contaba con catorce años de edad. Desde principio de año había recibido la gran noticia de un viaje de diez días en las paradisíacas playas de Cancún y Playa del Carmen, acompañada de mi familia. Realizar este viaje siempre había sido uno de los sueños de mi madre, y finalmente se nos daban las condiciones económicas para realizarlo.

Mi mamá no estaba acostumbrada a llevar menores fuera del país, por lo tanto, le encargó la tarea del papeleo a la empresa de viaje a la que había contratado, aunque esta se olvidó de un pequeño detalle.

El día había llegado y finalmente estábamos en Ezeiza, listos para emprender nuestro gran viaje. Afortunadamente, mi familia había organizado todo con suma precaución y decidieron ir temprano al aeropuerto, en caso de que se presente algún inconveniente.

Sin embargo, la ilusión se derrumbó cuando empezamos a presentar los trámites necesarios. Los empleados nos dijeron que los menores necesitaban una autorización que mis padres no tenían. La gente del aeropuerto necesitaba algo que les de la garantía de que yo era hija de mis padres. La situación fue estresante; si bien mi padre tuvo la madurez necesaria para manejar la situación con tranquilidad, mi madre estaba muy asustada y tenía miedo de perder el vuelo.

El certificado de nacimiento era prueba suficiente pero este se encontraba en nuestra casa de Puerto Madryn, a 1.500 kilómetros de Ezeiza. Afortunadamente, mamá recordó que le había dejado la llave de nuestra casa a mi tía. Todos se arregló en cuestión de minutos, las autoridades del aeropuerto aceptaron un fax de mi certificado de nacimiento.

Así, fue como pude viajar a tiempo después de este imprevisto. Todos logramos calmarnos y disfrutar plenamente de nuestras vacaciones.

El canillita de Ituzaingó

Ramiro Solveyra

Las tres hijas de don Armando Canteletti se abrazaban entre ellas buscando alguna respuesta. Habían pasado siete horas de la muerte de su padre y el funeral estaba repleto de vecinos. Era el canillita más conocido de Ituzaingó, vendía más de tres mil diarios por semana y lo amaban todos. Trabajaba más de catorce horas por día y conocía detalladamente la vida de cada comerciante. El intendente se había comunicado con la viuda Esther, para comunicarle que una calle llevaría el nombre de "Armando Canteletti" por haber sido "el canillita más trabajador de la zona oeste".

La conmoción en la gente era enorme. No solamente por la muerte, sino porque se desconocía la causa exacta que había producido semejante tragedia.

Armando, como todos los días, había abierto el kiosco de diarios a las cuatro de la mañana, y tras haber tomado un mate con la panadera María, cayó al suelo y murió al instante. Los rumores de que María era la amante y lo había matado ella eran crecientes en el barrio.

Vestida de negro y con un sombrero sucio, Esther se abrazaba fuerte con sus hijas. Entre llaanto y casi sin voz, le pidió al cura Carlos que arranque con la misa para despedir a su marido y que su alma descanse en paz.

Mientras una multitud rezaba junto al sacerdote, llegó María y pidió a los gritos que se interrumpiera la misa. Todos se miraban sorprendidos hasta que la viuda le pidió a Carlos que frenase la ceremonia religiosa. La panadera agradeció el gesto y le pidió a su hijo de ocho años que se acercase. El silencio que había en el funeral era impresionante, más de cuatrocientas personas estaban congeladas mirando la escena.

-Este chico se llama Matías y es el hijo varón de Don Armando. Perdió a su padre y merece los mismos abrazos que las hijas- exclamó María a los gritos y con la cara enfurecida.

La hija mayor corrió al baño llorando acompañada de sus amigos, mientras que la viuda quedó paralizada y con los ojos abiertos. La gente se quebró observando al niño buscando coincidencias físicas con el difunto.

-Voy a contar más sobre este señor, que no era tan buenito como todos creen- amenazó la panadera y las piernas de Esther temblaban.

Para evitar que ella siguiera hablando, el sacerdote retomó la misa. Más enfurecida, María señaló a un rubio con anteojos negros y vestido de traje: "Él es el amor de Armando y yo le puse veneno en el mate para que se muera esa rata".

El hombre se sacó los anteojos y quiso golpear a la asesina. El cura y el niño lo quisieron parar. Las hijas lloraban cada vez más y la viuda cayó al suelo.

Todas las personas hablaban entre sí, consternados por la situación. Esther dejó de temblar y el médico del barrio confirmó su fallecimiento. Los vecinos se retiraron indignados con Armando por su homosexualidad y preocupados porque al otro día iban a tener un funeral más, justo el día que jugaban River y Boca. El amante, María y el niño se quedaron solos, abrazados al cajón.

Desde el silencio

Daniela Urra

Me siento mal, quizás sea ese olor nauseabundo. Me molesta, no logro conciliar el sueño, es repugnante. Si los vecinos lo huelen, van a quejarse. Odio a los vecinos, todo les molesta, en algún momento me ocuparé de ellos.

Otro día más en el trabajo, ya no es como antes, él no viene todos los días. Recuerdo que venía una vez por semana, los jueves; todos los jueves.

Lo extraño, era el único con quien me comunicaba, aunque ahora que lo pienso, fui cobarde de... nunca tuve la audacia de hablarle, de sentir su voz. Cuando llegó la oportunidad, solo fue silencio.

Una voz interior me susurra al oído... "él sabía que lo amabas". Hoy volví a verlo, en los carteles que los familiares pegan cuando buscan a un ser querido. Yo no sé lo que se siente que alguien te quiera, o tener una familia que te busque. Debe ser extraño, pero a veces... por un segundo, se cruza por mi mente la vaga ilusión de ver mi rostro en las fotografías de "se busca".

Hora tras hora, cortando, picando y procesando carne. Pero no me molesta, el trabajo rutinario me permite pensar... soñar. Me imagino siendo como él, sociable, carismático, siempre con una sonrisa. Me enamoré, de todo lo que yo no soy.

Apenas abro la puerta, ese olor putrefacto me invade, mimetizándose con el húmedo y tenue ambiente que me rodea, entro en puntillas para no despertarlo. Debí haber congelado la carne más tiempo.

Lo observo y me doy cuenta de algo... ¡La sonrisa! Ya no está, no como antes. De nada sirve todo el esfuerzo, se ve tieso; sus facciones ya no se mueven, está tenso, frío... tal vez, tal vez sea consecuencia del golpe, pero debí hacerlo, era la única solución. Ahora... ahora estaremos juntos para siempre...

-¿No es así amor?

Los caminos de Elena

Priscila Daniela Zaniuk

Tras lograr escapar de Auschwitz, con el rostro manchado de carbón, las rodillas raspadas y pesando menos de la mitad de lo que una chica de su edad y altura debe pesar, Elena emprendió su viaje a pié por caminos y rutas desolada, al igual que su alma.

La Polonia de la era nazi era un escenario tan triste y cruel que mataba a sangre fría cualquier pensamiento optimista.

Día y medio llevaba vagando sin rumbo cuando se encontró con una pequeña y antigua capilla en un lugar que apenas llegaba a ser un pueblo. Un hombre de unos 70 años, barba blanca, canas y de postura algo encorvada salió del lugar muy asombrado al ver el deplorable estado en el que se encontraba Elena.

El sacerdote Gabriel le ofreció un lugar donde pude asearse y también conseguir un poco de comida. Por primera vez en ocho largos meses su cena era más que una sopa rancia en un plato mugroso.

A la mañana siguiente el anciano la obligó a abandonar la capilla por miedo a ser condenado por las autoridades del régimen nazi, también agregó que “una judía no podía estar en un templo cristiano” y así echó a la joven.

De nuevo en tierra de nadie, Elena continuó su viaje, esta vez encontrándose con un vendedor de telas con su camioneta a un costado de la ruta. Paolo, el comerciante, logró arreglar su vehículo después de un par de horas y, compadecido por la triste historia de continuos sucesos desafortunados que le habían ocurrido a la chica, la llevó a Varsovia.

Una vez allí, la joven judía se propuso recuperar las pertenencias que tenía en el gueto –o al menos lo que quedaba de ellas-. Al entrar a su vieja casa, la cual había sufrido efectos de la guerra y el antisemitismo, no pudo evitar romper en llanto por el recuerdo de su familia, la cual fue asesinada ante sus ojos por militares nazis.

En la ciudad, visitó a un amigo de sus padres, quien era concejal. Un judío encubierto que desde el poder político planeaba derrocar a Hitler y devolver la paz al mundo. Después de conversar con él, Elena decidió sumarse a la revolución planeada. En ese instante agarró el arma que el concejal tenía al costado del escritorio. Al fin y al cabo, era injusto que más y más judíos siguiesen muriendo y que nadie se alzara a matar aunque sea a un nazi.

Su principal objetivo era el *führer*, sin él los hombres portadores de la cruz esvástica ya no perseguirían a quienes llevaban la cruz de David. Entonces, de nuevo en los caminos de nadie, salió en busca de venganza. Y esos caminos de nadie, se convirtieron en los caminos de Elena.